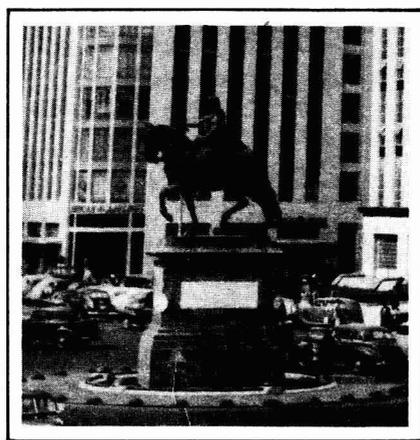

Héctor Manuel Romero

La Ciudad de México: Tiempo histórico y espacios urbanos (1910-1990)



Para la ciudad de México, su tránsito histórico ocurrido en las últimas ocho décadas ha significado un viaje azaroso que va desde el bullicio estrepitoso de las Fiestas del Centenario de la Independencia (1910) que le impusieron función de escenario hollywoodense para el exotismo de importación de un film europeo de la *belle époque*, hasta la experiencia traumática e inolvidable del latigazo geológico del terremoto de 1985, causante de no pocas cicatrices en su fisonomía urbana y en el recuerdo de quienes lo padecimos en carne propia.

Tránsito que nos lleva de la mano para conocer la transfiguración sorprendente de esta ciudad que apenas en el ayer histórico desembarcó tardíamente en el siglo xx, pues cabalmente lo haría hasta la segunda década de la centuria. Los años anteriores parecerían un espectro del siglo xix que a hurtadillas se nos había colado, deslizándose clandestinamente en brazos de la “pax porfirista” que durante muchos años congeló la movilidad social en el país y, por supuesto, en el escape nacional que era —que es— la capital del país.

Las fotografías de la ciudad e México de la época constituyen excelentes testimonios para identificar las clases sociales que el sistema había fosilizado. Por una parte, vemos indígenas con ropas de campo: manta y sombreros de palma los hombres; grandes enaguas de percal y rebozos humildes las mujeres; y por otra parte, “jaquets”, sombreros altos de seda, corbatas de plastrón con el fistol obligado, fracs, crinolinas de vuelo amplio, sombrillas de lujo “como en París”, los hipódromos, los carruajes soberbiamente engalanados y, por supuesto, con Porfirio con apariencia inmovible de monolito zapote-

ca, con aplomo de eternidad y los destellos de las condecoraciones que le hinchaban el tórax. ¿Clase media en las fotografías? Ni para remedio...

Así el porfirismo había venido castrando el surgimiento de una cabal clase media. Y la ciudad, entonces, morada que sin comunicación, diálogo y relación alojaba a una pseudo-aristocracia criolla y latifundista asociada con el ejército y con el alto clero, y una densa capa social que buscaba asilo y trabajo en los suburbios sórdidos.

Empero, gracias a su vitalidad y aunque balbuceante, la clase media se expresaba en una u otra forma en el país, fenómeno que se advirtió, amplificado, en la ciudad de México como dos estratos históricos contradictorios: un grupo, más politizado e impaciente que culto, que formó los cuadros directivos del movimiento revolucionario que liquidaría la dictadura; y otro, más numeroso y no menos impaciente, quizá más culto pero despolitizado y acomodaticio, que optó por la “neutralidad”—si así se le puede llamar a la conducta pasiva y mimética—, grupo que en secreto envidiaba el oropel del porfirismo y que anhelaba infiltrarse en él aunque fuese en calidad de polizón o de lacayo.

Éste era el entorno urbano cuyos actores —los capitalinos: 470.800 en 1910— fueron arrebatados por la vorágine orquestada por el gobierno para celebrar el centenario de la Independencia en aquel año manipulado para exaltar y exportar la figura de Díaz en el clímax de su prestigio internacional. Y como nunca antes, a la ciudad de México se le acicaló para estrenar un repertorio de nuevas obras y ornatos urbanos en

cantidad sin precedente y que aún ahora resulta insuperable.

Y todo culminaba en septiembre de 1910, a escasos dos meses de que, en Puebla, el rifle de Aquiles Serdán se transformara en el detonador de la Revolución que cambió el rumbo de la historia del país y que, de golpe y porrazo, llevó a la ciudad de México a desembarcar en las playas del siglo xx.

Para la ciudad de México, para el país, los siguientes diez años fueron la tierra de nadie.

10 años: la tierra de nadie

Años convulsos, confusos, sangrientos en los que las puertas de Palacio Nacional vieron transcurrir a diez presidentes de la República, y las del Antiguo Palacio del Ayuntamiento a 28 gobernadores o prefectos políticos del Distrito Federal y 12 presidentes municipales de la ciudad de México, algunos de ellos sólo por algunos días y aun horas: Miguel Rodríguez, 4 días (21-25 Nov. 1914); Vicente Navarro, 9 días (25 Nov. 4 Dic. 1914); Manuel Chao, 27 días (4 Dic. 1914-1o. En. 1915); Vito Alessio Robles, 9 días (18-27 En. 1915); César López de Lara, 11 días (10-21 Jul. 1915); Alfredo Breceda, 37 días (21 En.-27 Feb. 1919) y Manuel Gómez Noviega, 17 días (7-24 May. 1920).

Los diez presidentes fueron Francisco León de la Barra (25 May. 6 Nov. 1911); Francisco I. Madero (Nov. 1911-Feb. 1913); Pedro Lascuráin (19 Feb.-19 Feb. 1918); Victoriano Huerta (19 Feb. 1913-14 de Jul. 1914); Francisco Carbajal (14 Jul. 1914-13 Ag. 1914); Venustiano Carranza (13 Ag. 1914-30 Abr. 1917 y 1o. May. 1917-21 May. 1917); y Adolfo de la Huerta (24 May.-30 Nov. 1920), amén de los denominados presidentes designados por la Convención de Aguascalientes: Eulalio Gutiérrez (6 Nov. 1914-16 En. 1915), Roque González Garza (16 En. 1915-10 Jun. 1915) y Francisco Lagos Cházaro (10 Jun. 1915-10 Oct. 1915)

En la historia contemporánea de la ciudad de México, esos casi 10 años constituyen un intermedio vacío, un calendario sin días en lo que se refiere a dinámica urbana, sólo alterados por corrientes humanas que, procedentes del medio rural, buscaban asilo en la capital, y que poco a poco forzarían la virginidad de sus áreas perimetrales para irle procreando nuevas colonias.

Ninguno de los hombres que hasta entonces habían hecho la Revolución y que gobernaron al país desde el timón de mando montado en la capital, había nacido en ella. Todos procedían de provincia. En consecuencia, no podemos pedirle respeto al abolengo metropolitano de la ciudad a la que llegaban en calidad de conquistadores; ciudad que como símbolo del sistema derribado, adquiriría categoría de objetivo político y de revanchismo psicológico que se consumaba con estruendo.

Sus gobernantes eran, pues, forasteros, no tanto por razones de acta de nacimiento sino por provenir de latitudes sociales y psicológicas distintas cuando no antagónicas: Madero de Coahuila, Huerta de Jalisco, Carranza de Coahuila, Obregón de Sonora, Villa de Durango, Zapata de Morelos, De la Huerta de Sonora...

Durante los escasos meses de su gestión, el gobierno de Madero "tuvo cuidado de ampliar, abrir y regularizar diversas



Hotel Ritz, 1925 (Fondo Enrique Díaz)

vías públicas en la ciudad de México. Las obras de reconstrucción y conservación de las calzadas del Distrito Federal y de la que conducía a Cuernavaca habían merecido la atención del ejecutivo federal, así como del Ayuntamiento de la Ciudad capital, cuya reorganización política y municipal constituía uno de los anhelos del presidente Madero. La base de dicha reorganización consistía en la recuperación, por parte de los ayuntamientos, de sus propias y genuinas funciones..."

Durante el huertismo psicopático, la ciudad de México —su ritmo urbano— hubo de padecer, sin alternativa, otra jornada de hibernación.

Llegan "Los Pelados"

La pesadilla siniestra del huertismo finalizó oficialmente el 13 de agosto de 1915, cuando a la sombra de un árbol y sobre el guardafango de un automóvil, en un risueño pueblecito llamado Teoloyucan, en el Estado de México, a pocos kilómetros de la capital, los representantes de Venustiano Carranza y del presidente provisional Francisco Carbajal firmaron los Tratados de Teoloyucan.

Y el 15 de agosto de 1914, al entrar el constitucionalismo a la capital de la República, con él llegaron "los pelados", como los capitalinos bautizaron peyorativamente a los hombres sencillos, rudos y ausentes de instrucción que integraban la masa combativa que había aniquilado la aparatosa maquinaria militar del porfirismo y de sus herederos, y que ahora ganaba la capital para la Revolución.

Respecto a las últimas épocas históricas de la vida de la ciudad de México, Manuel Toussaint opina que la moderna va desde principios de las Leyes de Reforma, a mediados del siglo XIX, a la iniciación de la Revolución de 1910; y que la contemporánea propiamente dicha puede fijarse desde 1910 hasta nuestro días. Sin embargo a juicio nuestro, la llamada etapa contemporánea no se inicia precisamente en 1910 sino hasta una década más tarde, en 1920, con el gobierno de Álvaro Obregón. Esos diez años intermedios (1910-1920) constituyen una especie de marasmo urbano, de atonía profunda que ninguna huella nueva dejó en el rostro de la capital.

En la primera mitad de la década de los años veinte, el ritmo de la capital –ritmo nuevo, ágil y hasta eufórico y casca-beleante– lo patrocinó Álvaro Obregón, quien pese al torbellino político que aún debía lidiar y que a la postre le costó la vida, imprimió a su gobierno un profundo sentido de optimismo, de desenfado, de seguridad en sí mismo, congruente con su personal pasta psicológica; optimismo que, ciertamente, operó como bálsamo sobre el espíritu del capitalino tantos años agobiado por los azares y los atropellos del movimiento armado. No en balde Obregón era amigo del chascarrillo y de aplicar su memoria prodigiosa para gastar agudo sentido del humor, conducta hasta entonces inconcebible en un presidente de la República –don Porfirio o don Venustiano, por ejemplo. No en balde, también se dejaba ver en la Plaza de Toros, entonces en las calles de Durango. Fue, en síntesis, presidente que supo sonreír y reír, como reía la ciudad: una nueva burguesía surgía entre los caciques numerosos y proclives al musical sonido del oro que, amonedado, circulaba generosamente por los canales de los negocios, de las obras públicas y de uno que otro “cañonazo de \$50,000” con que Obregón persuadía a los militares que aún soñaban con la sublevación y el cuartelazo.

Vitalizada, la ciudad de México empezó a reanudar su diferido crecimiento: el centro topográfico, localizado durante siglos en la Plaza de la Constitución, se empezó a desplazar hacia un punto que podríamos ubicar en la actual Torre Latinoamericana, en la esquina de la Av. Francisco I. Madero y San Juan de Letrán.

El 30 de noviembre de 1924, el sonorese Álvaro Obregón entregó la estafeta presidencial al sonorese Plutarco Elías Calles, después de vencer un estornudo rebelde encabezado por el sonorese Adolfo de la Huerta, presidente provisional en 1920.

La reforma de la fracción IV del artículo 73 constitucional del 28 de agosto de 1928, suprimió el régimen municipal en el Distrito Federal y encomendó el gobierno de su territorio al presidente de la República, quien lo ejercía por conducto del Departamento Central, creado en esa misma fecha con jurisdicción sobre las antiguas municipalidades de México, Tacubaya y Mixcoac, y en 13 delegaciones: Guadalupe Hidalgo (que por reformas de 1931 cambió su nombre por el de Gustavo A. Madero), Azcapotzalco, Iztacalco, General Anaya, Coyoacán, San Ángel (que por reformas de 1931 cambió su nombre por el de Álvaro Obregón), La Magdalena Contreras, Cuajimalpa, Tlalpan, Iztapalapa, Xochimilco, Milpa Alta y Tláhuac. La ciudad de México sería la cabecera del Departamento Central, “que a la vez tendrá carácter de cabecera del Distrito Federal y capital de la República.” Por tanto, desaparecerían la ciudad de Tacubaya y las villas de Tacubaya y Mixcoac para fundirse con la ciudad de México.

“El Gobierno del Distrito Federal está a cargo del Presidente de la República, quien lo ejerce por medio de un organismo administrativo y político denominado Departamento del Distrito Federal, [el] que tiene a su cargo todos los asuntos que hasta el 31 de diciembre de 1928 correspondieron al Gobierno del Distrito Federal y a los Ayuntamientos”. Al nacer en 1929, el nuevo organismo dispuso para ese año de un presupuesto de 35 millones.

Transporte colectivo y desarrollo urbano

Durante seis siglos –de 1325 a 1930– la ciudad de México se aferró tenazmente al ámbito espacial de su traza urbana original determinada en 1521.

Fue, en la década de los años veinte, cuando promovida por el arribo del transporte colectivo, la ciudad empezó a despararramarse más allá de los límites de lo que hoy es la Delegación Cuauhtémoc, su cuna durante más de seiscientos años. La Villa de Guadalupe, Tacuba, Azcapotzalco, Mixcoac, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan, Iztacalco, Iztapalapa, Xochimilco, Tláhuac, Milpa Alta, Cuajimalpa, La Magdalena Contreras, etcétera, eran bucólicas aldeas rurales plenas de encanto pastoral, ajenas a la dinámica urbana de la ciudad y refugios balsámicos con profundo sabor a pueblo.

Observando los planos que muestran el crecimiento de la mancha urbana de la ciudad de México, vemos que la expansión urbana ha sido condicionada por factores ecológicos, dice Adrián García Cortés.

Las tierras salitrosas del Lago de Texcoco al norte y al este fueron pobladas más lentamente que las tierras de mejor calidad situadas al sur y al sureste. Más concretamente, en el lapso comprendido entre 1910 y 1930, el desarrollo de la ciudad se acentuó hacia el sureste, siguiendo las márgenes de la Calzada de Tacubaya (hoy Calzada José Vasconcelos), de la Av. de los Insurgentes y de la Calzada de Tlalpan. Crece la Colonia de la Condesa, expansión que hacia esa parte se debió principalmente a la demanda residencial de la clase media.

Véase el crecimiento de la mancha urbana de la ciudad de México:

AÑO	SUP. (M. ²)	HABS.
1910	40'100,581	721,000
1921	46'375,000	906,000
1930	86'087,000	1'230,000

(En 1990, la superficie rebasa los 1,500 kilómetros, que incluyen la Zona Metropolitana.)



Monumento a Carlos IV (Fondo Enrique Díaz)

Tres etapas de desarrollo

Al estudiar la dinámica del crecimiento de la población de la ciudad de México, Luis Unikel encontró tres periodos: de principios del siglo xx a 1930, de 1931 a 1950 y de 1951 a nuestros días. En la primera etapa, el área urbana se circunscribía a los límites de la ciudad, pues el 98% de la población residía en ella y únicamente el 2% habitaba en Coyoacán y Azcapotzalco. A partir de 1931, y sobre todo de 1940 a 1950, se inició el desbordamiento demográfico del centro a la periferia, básicamente hacia el sur y el suroeste; se presentó el fenómeno de la industrialización intensiva, particularmente en el norte, pero sin llegar a rebasar los límites de la entidad, y las delegaciones más próximas a la mancha urbana acusaron una tasa de crecimiento demográfico de 12.3% promedio anual. En la tercera etapa, el área urbana desbordó la frontera del Distrito y penetró en el Estado de México, primero a los municipios de Naucalpan, Ecatepec y Tlanepantla (1950-1960) y luego a los demás considerados en la Zona Metropolitana.

En sus comienzos, el crecimiento físico de la ciudad de México se hizo alrededor del núcleo primitivo del siglo xvi, pero hacia la segunda mitad del siglo xix empezó a desarrollarse hacia el poniente y, en menor grado, hacia el oriente. A mediados de nuestro siglo, el crecimiento se dio en todas direcciones: al oriente, al sur, al poniente y al norte, siguiendo en parte la orientación de las carreteras de Querétaro, Pachuca y Puebla. A esta etapa corresponde el rebase de los límites admi-

nistrativos del Distrito Federal hacia los municipios limítrofes del Estado de México.

En la década de los treinta se empieza a detectar el primer gran ensanche del siglo en el perímetro citadino, que se inscribe a partir de la colonia Nuevo México y que iba por Tacuba, Nextengo, Popotla, la Escuela Nacional de Maestros, la Unidad Tlatilco, las colonias Martín Guerra, 7 de junio y 10 de mayo (estas dos al oriente de San Lázaro), Puerto Rico y Tlalpan (en las inmediaciones de la estación Tasqueña del Metro), calzadas Miguel Ángel de Quevedo, colonia Altavista y Lomas de Chapultepec.

Durante los años cuarenta y cincuenta se registraron avances hacia al este y se definieron claramente las colonias Federal, Moctezuma y Jardín Balbuena. Por el norte, la mancha urbana abarcó zonas de Azcapotzalco y llegó a la Ampliación Gabriel Hernández, incluyendo Ticomán, Zacatenco y Santa Isabel Tola. Al occidente, lo más notable fue la prolongación de las Lomas de Chapultepec, en varias secciones, hacia los límites del Estado de México. El crecimiento explosivo parte de 1960, en que el área poblada desbordó los límites del Distrito Federal, hacia el Estado de México, por el norte, este y oeste.

Después de la apertura del Paseo de la Reforma, no fue sino hasta la tercera década de este siglo cuando aparecieron las primeras obras viales de cierta importancia, como entonces la apertura de la Av. 20 de Noviembre. Después, a fines de los cuarenta, siguió el Viaducto Miguel Alemán; en los cincuenta

la Calzada de Tlalpan, en los sesenta un tramo del Anillo Periférico y la Av. Río de Churubusco; en los setenta un tramo del Anillo Interior, y en los comienzos de los ochenta, los Ejes Viales.

Los ríos, que nunca fueron importantes, con su cauce propiciaron la traza de los nuevos viaductos. Por su importancia como medio de comunicación y transporte masivo, a estas vías debe agregarse el Metro, nacido en 1969 y que en 1990 alcanzaría una longitud de 141 Kms.

Alemán: cosmopolitización

Durante el sexenio del Lic. Miguel Alemán (1946-1952), a la ciudad de México se le gratificó con un ambiente cosmopolita que mucho contribuyó a perfilar su nueva fisonomía urbana. Fue etapa de vitalidad exhuberante en la que la plenitud económica se reflejó en todos los órdenes de la vida cotidiana de la capital. Fue la época de la terminación de la Segunda Guerra Mundial con su ambiente convulso y el arribo a la ciudad de México, oasis mundial de paz, de exiliados extranjeros que dejaron sabor y color y que contribuyeron a crear una rica geografía humana internacional.

Durante esta época, la disposición gubernamental del horario corrido de trabajo abolió la tradición ancestral de comer en casa y practicar la siesta, entronizándose el "quicle lunch" y, como respuesta, la multiplicación de todo tipo de establecimientos comerciales con oferta de alimentos preparados.

De entonces data la imponente Ciudad Universitaria, (en el extremo sur de la capital), cuya realización enriqueció notablemente el patrimonio arquitectónico de la ciudad, y que significó la desocupación de los venerables edificios que la albergaban en el antiguo barrio universitario y la construcción de una vía rápida de comunicación complementaria de la entonces recién ampliada Av. de los Insurgentes: la Av. Universidad. Tres millones de apremiados capitalinos embotellaban la sincronía de sus compromisos de trabajo en las glorietas –la Diana, la de la Independencia, Cuauhtémoc, Colón, el "Caballito"– de un Paseo de la Reforma en el que como esbeltos hongos en competencia luminosa, surgían, codeándose y mirándose por encima del hombro, los rascacielos.

Corresponde a la etapa alemanista el despegue de una de las áreas citadinas con mayor vocación para asimilar y proyectar la atmósfera de cosmopolitización e internacionalismo que adquirió la capital: la Zona Rosa, culminación, en la época, del desplazamiento de la zona comercial tradicionalmente alojada en el centro de la ciudad, del que emigró siguiendo el cauce de la Av. Juárez y el Paso de la Reforma. Fue también durante el gobierno del Lic. Alemán cuando en la ciudad se adoptó el concepto de propiedad en condominio. Para entonces, los nuevos sistemas de cimentación permitieron la construcción de inmuebles cada vez más altos. Ello determinó la elevación de precios de terrenos, llegando a volverlos casi prohibitivos, dado el capital que se requería para su compra y el financiamiento de la construcción de edificios de altura conveniente. Fue cuando se llegó a un círculo vicioso: necesidad de terrenos céntricos, alza de su costo, elevación de precios de materiales

y mano de obra y, de momento, falta de capitales. La fórmula del condominio permitió solucionar este punto muerto en el crecimiento de ciertas áreas de la ciudad, y el de las calles de Guadalquivir No. 369, en la colonia Cuauhtémoc, fue el edificio que inauguró el ingreso de la ciudad de México a esta nueva noción de la propiedad urbana.

Se acelera el hundimiento

En los inicios de la década de los años cincuenta, la capital resintió los efectos de su hundimiento, llegando a ser la primera ciudad del mundo en la que sus aguas negras tenían que ser bombeadas de uno a otro colector y, de éstos, al Gran Canal del Desagüe cuyo nivel estaba 1.50 m. más alto que los ductos que ahí llegaban.

Hasta 1937, el hundimiento anual había sido de 4 centímetros; de 1938 a 1947, de 14; y de 1948 a 1953 de 30 (cifra media), y en algunos sitios hasta de 50. Este fenómeno era y es producto de la extracción excesiva de agua del subsuelo. El resultado fue frecuente y muy graves inundaciones, consecuencia también de la vejez de las instalaciones del drenaje que databan de 1911, y de haber sido previstas para una población menor de un millón de usuarios.

Tocó al gobierno de don Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) afrontar este problema cuya solución se había venido difiriendo y durante muchos años la ciudad se vio libre de inundaciones.

El comportamiento de la oferta comercial, que sigue el trazo de nuevas vías de comunicación sobre todo cuando éstas constituyen troncales de penetración o salida de las ciudades, planteó un reto nuevo a las autoridades de la ciudad de México. Por ejemplo, a la salida a Ciudad Satélite, se formó espontáneamente una muy importante zona comercial, al igual que lo ocurrido al frente y a los costados de la nueva terminal de los FFCC Nacionales en la prolongación norte de la Av. Insurgentes, produciéndose con ello graves problemas de congestión y la multiplicación de problemas de vialidad.

Para atenuar la formación de estos polos de vialidad conflictiva, el Departamento del Distrito Federal desarrolló un vasto programa de mercados que incluyó desde la construcción de centros viales de distribución en las cercanías de las carreteras de acceso (rastros de Ferrería y de Iztapalapa) y los mercados de concentración (Jamaica, La Viga, La Merced, La Lagunilla, San Juan) y decorosos mercados de barrio.

Privó entonces un afán compulsivo: facilitar el tránsito automovilístico hacia el centro de la ciudad, lo que contribuyó enormemente a agudizar los conflictos viales de esta área trazada originalmente para uso peatonal. Fue cuando en aras de la "modernidad" se construyera la nueva versión de la Av. Pino Suárez y se ampliaron las ya anchas Av. Hidalgo y San Juan de Letrán, al costo de demoler gran número de auténticos tesoros arquitectónicos irremplazables.

Durante el siguiente sexenio –Lic. Adolfo López Mateos (1958-1964)– la ciudad de México acometió uno de sus esfuerzos más significativos para atender el problema habitacional, y sobre una superficie de 1.100,000 m². Se edificó el Con-

junto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, con 102 edificios multifamiliares, escuelas, guarderías, clínicas, etcétera, y una población de aproximadamente 125,000 vecinos.

La obra vial más significativa de ese periodo fue la del Anillo Periférico, destinado a descargar de tránsito la comunicación entre las Lomas de Chapultepec, Ciudad Satélite, el camino a Querétaro, y Tacubaya, Mixcoac, San Ángel y San Jerónimo.

Llega el "Metro"

Con el gobierno del Lic. Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), la ciudad de México acabó de perderle el miedo —que no el respeto— a la confiabilidad de su subsuelo para, de lleno, ingresar al disfrute del transporte colectivo: estrenó Metro. Para entonces, 80% de la población se transportaba cada día en 15% de los vehículos públicos (autobuses, tranvías, trolebuses y taxis) y 20% en automóviles particulares que en número representaban 85% de los vehículos. Tomada la decisión valiente de acometer la construcción del Metro, el tramo Zaragoza-Chapultepec fue el primero en inaugurarse: 5 de septiembre de 1969.



Cine Odeón, 1927 (Fondo Enrique Díaz)

La celebración de los Juegos de la XIX Olimpiada (1968), brindó la oportunidad para que la ciudad de México enriqueciera su patrimonio urbano con grandes instalaciones deportivas: Palacio de los Deportes, Velódromo Olímpico, Alberca Olímpica, Gimnasio Juan de la Barrera y Villa Olímpica (24 edificios de habitación, e instalaciones deportivas y comerciales en una superficie de 110,000 m²).

Contra los pronósticos de que la altura de la ciudad de México sería factor adverso para la eficiencia deportiva, fue sorprendente el número de marcas mundiales y olímpicas que se superaron: 96 marcas mundiales y 483 olímpicas en México contra 42 y 354, respectivamente, en Tokio.

Con el gobierno del Lic. Luis Echeverría (1976-1982), la ciudad de México ingresó a una franca etapa de descentralización administrativa al implantarse una nueva Ley Orgánica del Departamento del Distrito Federal (29 de diciembre de 1970) que estableció la división del Departamento del Distrito Federal en 16 Delegaciones: Álvaro Obregón, Azcapotzalco, Benito Juárez, Coyoacán, Cuajimalpa de Morelos, Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero, Iztacalco, Iztapalapa, La Magdalena Contreras, Miguel Hidalgo, Milpa Alta, Tláhuac, Tlalpan, Venustiano Carranza y Xochimilco. Cada una de estas unidades administrativas se sujetó al gobierno de un Delegado, la primera autoridad, después del Jefe del Departamento del Distrito Federal, en cada una de esas circunscripciones ciudadanas.

Si la vida y la historia de la ciudad de México oscila en la paradoja del agua, luchar *contra* el agua y luchar *por* el agua, durante el sexenio echeverrista se escribió un capítulo de trascendencia para la capital: el Sistema de Drenaje Profundo, que supuso la construcción de un túnel gigantesco para conducir hasta el Estado de Hidalgo, pasando por el de México, las aguas negras y pluviales que se acumulan en el Área Metropolitana. Los trabajos se iniciaron en 1967 y se concluyeron en 1975.

En materia de vialidad, se construyó entonces el Circuito Interior, vía rápida con desarrollo de 4.5 kms.

El hallazgo de la Coyolxauhqui

El mes de febrero de 1978, el afortunado zapapicazo de un trabajador de la Cía. de Luz y Fuerza aportó a la ciudad de México el hallazgo arqueológico más importante del siglo: el de un monolito prehispánico, la efigie de la Coyolxauhqui, la deidad lunar mexicana. La escultura data de los años 1480 a 1500 y se hizo en la confluencia de las calles de Seminario y República de Guatemala, en el sitio que hasta 1524 ocupó el Templo Mayor de la Gran Tenochtitlan.

Lo excepcional del hallazgo es que operó como detonador que desató una muy rica reacción en cadena, pues la decisión inicial de sólo recuperar la bella escultura, evolucionó, primero, a excavar una zona de 6,000 m², para descubrir los vestigios del Templo Mayor y culminar con el decreto del presidente Lic. José López Portillo (1976-1982) que creó el Centro Histórico, un área céntrica de la capital que comprende 668 manzanas y 1,436 edificios de interés histórico y arquitectónico.

co de los siglos XVI al XIX, de los cuales 55 fueron dedicados al culto religioso, 32 a la educación y servicios asistenciales, usos civiles y militares; 42 a parques y jardines y 1,307 a residencias. Un número importante de los inmuebles ha sido restaurado y otros más se encuentran en proceso de serlo.

Tocó también a la administración lópezportillista municipalizar el autotransporte colectivo en 1981 y construir la Central de Abastos en Iztapalapa -1982- y trasladar ahí los derrames periféricos del mercado de La Merced. Consta de 1,733 bodegas para frutas, legumbres y abarrotes y 770 locales para servicios.

Durante la gestión presidencial del Lic. López Mateos se puso de relieve que el problema de tránsito de transporte de la ciudad de México radica fundamentalmente en que está hecha de manera que es imprescindible viajar dentro de ella. Así, mientras que las tres zonas industriales más importantes del país (Vallejo-Azcapotzalco, Tlanepantla y Naucalpan) coinciden en el ángulo noroeste del Valle de México, los trabajadores de esa zona industrial viven en la parte norte y oriente del mismo Valle. Tan sólo en Ecatepec (Delegación Gustavo A. Madero) y Nezahualcóyotl viven 5 millones de habitantes. La mayor parte de esas personas que trabajan en la zona industrial citada o en el centro de la ciudad, tienen que viajar todos los días, para lo cual necesitan -promedio- usar 3 autobuses y pierden de 5 a 6 horas al día en los viajes de ida y regreso de su hogar a la fuente de trabajo. Además, la ciudad de México carece de barrios autosuficientes: hay que salir del barrio o de la colonia para la escuela de los hijos, de compras o en busca de recreación.

La solución integral del problema supone transporte colectivo suficiente y eficiente, vialidad y estacionamientos. El problema de la vialidad se atacó mediante la construcción de 34 Ejes Viales con extensión de 113 Kms. Estos ejes no son calles anchas sino arterias de una red destinada a conectar las distintas zonas del área metropolitana.

Los sismos de 1985

En su larga y azarosa vida, la ciudad de México -sus habitantes, sus gobernantes- nunca habían afrontado problemas de la magnitud gigante como los que fueron atendidos durante el periodo 1982-1988: abastecimiento de agua, vialidad, transporte colectivo y seguridad pública, y otros más favorecidos por fallas de la estructura económica del país que auspician una caudalosa corriente de migración procedente del medio rural que procura encontrar mejor calidad de vida en la ciudad de México; otros que han sido particularmente conflictivos en este periodo, como los derivados de la deuda externa que agobia al país y cuyo pago muchas veces cancela posibilidades de crecimiento y desarrollo, y los que provoca la inflación que se registra desde 1982.

A todo este conjunto de situaciones conflictivas se sumó el latigazo geológico de los macrosismos de septiembre de 1985, fenómeno telúrico sin precedente en la historia de la ciudad de México.

Ese primer día trágico, jueves 19 de septiembre de 1985, un

muy severo movimiento sísmico sin precedentes, con intensidad de 8.5 grados de la escala de Richter, sacudió la ciudad, estremeciéndola hasta sus cimientos.

Una inmensa nube de polvo inundó vastas zonas de la capital. Entre la histeria y la incredulidad empezaron a propagarse los rumores, ciertos algunos, fabulosos los más pero en esos momentos ninguna mente pudo individualmente captar el conjunto y la magnitud de la tragedia que vivía la ciudad de México, que de golpe se hundió en el episodio más trágico y destructor de su historia, con un saldo de 4,500 muertos y 14,000 heridos en sólo unos segundos de sacudimiento telúrico.

Durante los primeros instantes de cólera sísmica se registró el derrumbe de 412 edificios y otros 5,000 resintieron daños de diversa magnitud. Lo mismo ocurrió en acueductos, ramales de agua potable y varios tramos de la red hidráulica, y se resintió la pérdida de aproximadamente 20% del suministro de agua por 285 fugas detectadas en la red primaria y 6,000 en la secundaria.

En el sistema de drenaje se localizaron daños en estructuras importantes: el Río de la Piedad tuvo problemas de separación en puntos constructivos a lo largo de 6,500 metros; el Interceptor Centro Poniente del Drenaje Profundo registró fisuras en 300 metros, al igual que el Emisor Central; las líneas de alta tensión sufrieron rupturas en una extensión de 4 kilómetros, se averiaron millón y cuarto de servicios eléctricos domésticos y quedó sin energía la mitad de la ciudad.

Pavimentos y banquetas sobre 310 calles y avenidas sufrieron fracturas, grietas y hundimientos; el servicio telefónico fue gravemente afectado: la ciudad quedó incomunicada del país y del resto del mundo.

Se cayeron o se cuartearon 1,658 planteles educativos, se derrumbó total o parcialmente el 30% de los hospitales y el 20% de los autobuses urbanos no pudo cubrir sus rutas normales por el estado en que quedaron las calles. Millones de instalaciones de gas se averiaron y se produjeron más de 200 incendios.

La sociedad civil en acción

Aún no se había disipado el polvo de los desplomes cuando la sociedad civil -el pueblo- se organizó gallardamente. Los vecinos, las mujeres, todos los habitantes, en particular los jóvenes, se lanzaron espontáneamente a servir en el rescate de atrapados, en el cuidado de heridos, en atención a los sobrevivientes.

La acción ciudadana se desbordó como nunca antes, ajena totalmente a cualesquier tutelaje.

Con la misma vigencia y el mismo espíritu febril con que miles de vecinos formaban brigadas de auxilio, muchos otros participaban en los rescates, construían albergues para damnificados y ponían a la vista de todos esa dimensión social y política que muchos creían ausente en el capitalino.

A tres meses de los sismos, fue posible formular un balance de los daños y paralelamente de las acciones emprendidas para mitigar la tragedia: un millón de voluntarios participaron en tareas de rescate: 4,287 cadáveres fueron puestos a disposición



Hotel Regis, 1940 (Fondo Enrique Díaz)

de agentes investigadores del Ministerio Público; 4,096 personas fueron rescatadas con vida entre los escombros; se trasladó a 14,268 heridos a puestos de socorro; se atendieron 78,415 solicitudes de localización de personas; se distribuyeron 1,027 millones de metros cúbicos de agua potable; se transportó gratuitamente a 21,665 millones de pasajeros; se enviaron gratuitamente 685,466 mensajes por télex y por telégrafo y 39,000 por radio y televisión; se atendió a 22,669 personas por desmayo, fatiga o histeria, a 10,188 con lesiones menores y a 5,748 con heridas mayores; fueron hospitalizadas 2,637 en establecimientos públicos; se aplicaron 310,403 vacunas y se practicaron 633 intervenciones quirúrgicas; se hicieron 59,400 muestreos para analizar la calidad del agua y se aumentó la cloración al doble de lo normal; se establecieron 144 albergues en las 16 delegaciones y 73 campamentos en las cuatro más afectadas; en ellos se alojó a 37,300 damnificados, que recibieron atención médica y psicológica, alimentación y terapia ocupacional, habiéndose utilizado 1,156 toneladas de víveres, ropa y enseres; y 5,728 inmuebles resultaron afectados (47% con daños menores, 38% con fracturas o desplomes y 15% con derrumbe parcial o total), de cuyo total 65% eran habitacionales, 15% comerciales, 12% destinados a fines educativos y 8% a otros usos.

El terremoto sufrido por la ciudad de México puso de manifiesto la solidaridad y capacidad de organización espontánea del capitalino. La movilización popular respondió a la catás-

trofe y la ciudad fue tomada por miles de jóvenes de brazaletes y toda clase de identificaciones que les concedía una autoridad emanada de la elemental necesidad de ayudar y socorrer.

Fue una experiencia social insólita, luminosa, preñada de augurios humanos, que vino a exhumar muchos valores que habían venido siendo concienzudamente sepultados en la indiferencia y en el silencio. Experiencia que reveló la existencia de una gran reserva de energía social y una fortaleza interior elocuentemente reveladora de muy ricas posibilidades de emergencia social y de maduración política por muchos negada. Fue entonces cuando el capitalino descubrió un horizonte abierto que a la palabra futuro impregnó de calidez y de sentido.

Días de tragedia, sin duda, pero también de esperanza, pues parecía haberse descubierto un camino nuevo para un México distinto, no utópico ni remoto sino ya entrevisto en la trama de la historia y en los centelleos de la conciencia.

Para resolver un problema de emergencia y atender el derecho a vivir con decoro, la Presidencia de la República decretó -12 de octubre de 1985- la expropiación de 7,000 inmuebles y predios en colonias céntricas de la ciudad, con extensión de 250 hectáreas destinadas a la construcción de 50,006 viviendas para familias damnificadas. Para ello se constituyó el Programa de Renovación Habitacional Popular y se acometió, en materia de construcción de vivienda, una acción excepcional y sin paralelo en la historia que mereció el reconocimiento del urbanismo internacional.

La Asamblea de Representantes del D. F.

Con el presidente Carlos Salinas de Gortari, la ciudad de México se regocijó el 1o. de diciembre de 1988 con la noticia de que su nuevo gobernante es oriundo de la capital: Manuel Camacho Solís. Hasta entonces, ninguno de sus regentes, muchos de ellos ilustres e inolvidables, fue capitalino de origen sino de rigurosa importación provinciana.

En 1986, en ocasión de la renovación del Poder Legislativo, las urnas electorales fueron testimonio de un grado insospechado de politización del capitalino. De ahí salieron dos cámaras legislativas en las que diputados y senadores priistas forman, ciertamente, mayoría, pero que carecen de la libertad de maniobra y acción que habían disfrutado desde hacía muchas legislaciones.

A unas cámaras huérfanas de unidad política monolítica como anteriormente ocurrió con todos los regentes que lo antecedieron en las últimas décadas, Manuel Camacho Solís también estrenó una nueva experiencia: la de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, de menor peso político que de la Cámara de Diputados, pero con menos inhibiciones y motivada por impulsos juveniles que inspira el saberse inaugurador y casi artífice de un nuevo instrumento político de altura.

Este nuevo esquema de la representación ciudadana en la ciudad de México es la incorporación saludable, a la vida política de la capital, de un instrumento nuevo apto tanto para la crítica y el juicio severo, como para la aportación de ideas no exploradas para el buen gobierno de la gran ciudad. ◊